

# “Todos” no es “todas”

## Acercas de un ejemplo de universalidad restringida

María Julia Palacios

### I.

En el Tercer Principio de “Idea de una historia universal en sentido cosmopolita”, Manuel Kant (1978: 44) dice:

La Naturaleza ha querido que el hombre logre completamente de sí mismo todo aquello que sobrepasa el ordenamiento mecánico de su existencia animal, y que no participe de ninguna otra felicidad o perfección que la que él mismo, libre del instinto, se procure por la propia razón.

El destino final de la humanidad es, para Kant, la perfección moral -en la que reside la felicidad- y el camino que conduce a ella, la libertad humana. Esa libertad tiene un sustento: la razón. Por la razón el hombre es capaz de ir mucho más allá de los límites del instinto, y su esencial finalidad consiste en el completo desarrollo, la perfección, de sus disposiciones (op. cit.: 46).

Éste es el carácter distintivo de lo humano: la razón y la libertad que en ella se funda. La “meta de sus esfuerzos” no puede ser, pues, otra que el cabal desarrollo de esos “gérmenes” que la Naturaleza ha puesto en el ser humano. La intención de la Naturaleza es que el hombre se gobierne por la razón, no por el instinto, y a tal punto la razón le otorga autonomía que todo debe obtenerlo por sí mismo, hasta la propia felicidad.

El uso y desarrollo de la razón implica una profunda transformación: el paso de “la tutela de la Naturaleza al estado de libertad”, condición por igual de todos los seres racionales, “cualesquiera que fuere su rango”. Esta igual condición hace que nadie deba ser usado como medio para fines de otros; por el contrario, obliga a un mismo trato y a una idéntica valoración (op.cit: 76).

En la casi totalidad de sus obras Kant afirma esta común condición racional de los humanos, lo que le permite decir a Oswaldo Market en el prólogo a la *Crítica de la Razón Práctica*, “todo el planteamiento kantiano viene a centrarse en esta doctrina: **la libertad de la razón**” (Kant, 1963). En efecto, en ella se fundamenta su concepción de la ética, de la política, de la historia, en fin, de las relaciones humanas.

No obstante afirmar esta condición racional de todos los humanos, en *Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y lo sublime*, Kant despliega una serie de argumentos acerca de las profundas diferencias en cuanto a aptitudes y cualidades que existen entre los humanos. Diferencias de temperamentos, diferencias entre los pueblos según la predominancia de temperamentos y diferencias entre los sexos.

La cuestión es llamativa porque, como veremos, Kant no sólo sostiene que esas diferencias en los sentimientos de los seres humanos frente a las cosas que motivan en ellos las “diversas sensaciones de agrado o desagrado” son diferencias entre individuos, sino que afirma algo mucho más fuerte. Kant sostiene que hay diferencias entre los sexos en los modos de sentir, vale decir, hay sentimientos “propios” de varones y sentimientos “propios” de mujeres. Este concepto antropológico tiene, como veremos, y como no puede ser de otra manera, consecuencias en varios órdenes, entre otros, el de la política y el de la ética.

Por este motivo, este breve ensayo es visto en cierto sentido como una "rareza" entre las obras de Kant, tanto por su estilo de fácil lectura, bastante diferente de las abstracciones y formalidades de las Críticas, como por los conceptos que allí expone que, como intentaremos mostrar, parecen contradecir su posición filosófica.

A esta cuestión voy a referirme de aquí en más.

## II.

*Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y de lo sublime* es un breve ensayo que Kant publicó en 1764. La obra tiene la particularidad de haber sido presentada como habiendo sido escrita "con ojos de un observador antes que con los de filósofo", como anuncia en la Primera Sección (30).

No es propiamente, como parece sugerir el título, un ensayo de estética ni un tratado del gusto. Antes bien, en la medida que en sus observaciones y consideraciones sobre los sentimientos, Kant no pierde nunca de vista -en la multiplicidad de ejemplos y de casos que analiza- la valoración moral del sentimiento, se trata de un ensayo de carácter ético y antropológico.

Por esa razón, bien puede aseverarse que esta obra no escapa a la constante preocupación del filósofo por todo lo que de alguna manera tiene que ver o incide en la acción del hombre como individuo y como ciudadano, de modo que este texto debe ser leído e interpretado desde esa perspectiva y no como un conjunto de meras observaciones empíricas sobre las manifestaciones humanas del sentimiento, a pesar de la aclaración inicial de Kant.

El texto se divide en cuatro secciones. Con suma minuciosidad, Kant examina el tema partiendo del reconocimiento de los objetos del sentimiento de lo bello y de lo sublime (cuestión que trata en la primera sección), para pasar a analizar sus propiedades generales (segunda sección); luego la diferencia de lo bello y lo sublime entre los sexos (tercera sección) y, por último, los rasgos peculiares de los pueblos en relación con el sentimiento de lo bello y de lo sublime (cuarta sección).

Me referiré muy sucintamente a la primera, segunda y cuarta sección, pues mi interés se centra en las ideas que Kant expone en la tercera sección, sobre la cual enfocaré mi análisis.

En la primera sección Kant expresa con claridad su idea de que las sensaciones de agrado o desagradado no dependen de las cosas sino del sentimiento o disposición del hombre para ser afectado por ellas. Pero, de la multiplicidad de sentimientos que los hombres pueden tener, le interesa abordar en este caso "el sentimiento más delicado", que él considera es el *de lo sublime y el de lo bello* (op.cit: 31).

En pocas páginas Kant expone un sinnúmero de asociaciones de lo sublime y de lo bello con diferentes objetos y con otros sentimientos. Así, según el filósofo, tenemos un sentimiento de lo sublime frente a la gran altura, las altas cumbres, la noche, "las sensaciones supremas de amistad, de desprecio del mundo, de eternidad" (op.cit.: 32). Lo sublime es *terrible* si va acompañado por el sentimiento de horror o de melancolía; *noble* si se une a la "admiración sosegada", o *magnífico* si va unido a la belleza. Por eso lo sublime "ha de ser siempre grande" (op.cit.: 34).

Experimentamos sentimiento de lo bello, en cambio, frente al *resplandor* del día, a los campos en flor, a las pequeñas cosas. "Lo sublime *conmueve*, lo bello *encanta*", dice Kant (op.cit.: 32).

Esos modos como los hombres expresan sentimientos no es una cuestión trivial, por el contrario, revelan aspectos de la subjetividad humana ("...no es una pequeñez, por cierto, el

sentimiento que a uno le hace apto para sentir gran agrado..." <op.cit.: 30>. Pero, además, como Kant considera que debe atenderse en ellos también su aspecto moral, la cuestión del conocimiento del sentimiento "más delicado", el de lo bello y de lo sublime, reviste particular importancia porque nos posibilita acercarnos al conocimiento de la condición humana. Éste es un aspecto que, como veremos, resulta crucial a la hora de evaluar las derivaciones de las distinciones que Kant encuentra (o establece) entre los miembros de la especie humana.

Al analizar Kant las propiedades en general de lo bello y lo sublime (segunda sección, la más extensa de las cuatro), mediante abundantes ejemplos establece una extensa serie de distinciones de estas propiedades en relación con varios aspectos: cualidades, actitudes, aptitudes, virtudes, situaciones.

Para Kant son *sublimes*, entre otros, el entendimiento, la audacia, el valor, la veracidad, la sinceridad, "la diligencia en el servicio desinteresado" y las *virtudes morales verdaderas o "nobles"*. Mientras que son *bellas*, la astucia, el ingenio, la broma y la lisonja, la gentileza, la cortesía, la amabilidad.

Kant afirma con insistencia la grandeza del sentimiento de lo sublime y su supremacía sobre el sentimiento de lo bello. Dirá, por ejemplo, que la tragedia es sublime y la comedia, bella. Y la tragedia es sublime porque en ella "se pone de manifiesto el generoso sacrificio por el bien ajeno, la resolución audaz y la fidelidad probada" (op.cit.: 39), en tanto que la comedia, por el contrario, muestra lo gracioso, lo ridículo, lo payasesco.

Es importante registrar esta supremacía que Kant asigna a lo sublime sobre lo bello, porque en el momento de ocuparse de las cualidades morales, afirmará que sólo la virtud verdadera puede considerarse sublime.

Por último, en la Cuarta Sección, el filósofo analiza "los caracteres nacionales en cuanto se apoyan en el sentimiento diferenciador de lo sublime y de lo bello" (op.cit.: 89). Los análisis de las secciones precedentes le sirvieron para clasificar a los pueblos según los sentimientos que el filósofo considera predominan en ellos.

De manera minuciosa Kant se encarga de determinar lo que él juzga son las características distintivas de cada pueblo y advierte, en nota a pie de página, dos cuestiones que importa tener en cuenta:

1. que se trata de estereotipos, pues en todas las naciones es posible encontrar individuos capaces de experimentar sentimientos de diversa clase y
2. que no investiga allí si esas diferencias que constata son accidentales, históricas o culturales, o si tienen algún grado de necesidad (si "están unidas con cierta necesidad al clima" <op.cit.: 90>).

Resulta más que pertinente atender a esta última advertencia para evaluar el grado de rigurosidad de los análisis y consideraciones que expone en este texto, fundamentalmente a la luz de la totalidad de su obra filosófica.

Según Kant, italianos y franceses manifiestan un gusto delicado, afición por las bellas artes, tienen gestos corteses, interés por lo moralmente bello; se distinguen, pues, por el sentimiento de lo bello. Españoles, ingleses y alemanes, no obstante ciertas diferencias interesantes entre ellos, se distinguen por el sentimiento de lo sublime. El español "tiene un alma orgullosa y más sentimiento para las acciones grandes que para las bellas" (op.cit.: 92). En Inglaterra "son originales los pensamientos de contenido profundo", en Alemania "el ingenio destella por la simplicidad" (op.cit.: 91).

Consideraciones similares tiene para los pueblos de oriente. Según Kant los árabes se asemejan a los españoles, los persas a los franceses y los japoneses a los ingleses.

Para los negros de África tiene opiniones muy negativas, los considera incapaces de producir algo valioso ni en ciencia ni en arte, “no tienen sentimiento alguno acerca de la naturaleza que sobrepasa a lo pueril” (op.cit: 103), nos dice. No menos lesivas son sus expresiones acerca de las “especies humanas” de América, de quienes piensa que son pueblos “salvajes”, de “extraordinaria insensibilidad” (op.cit: 105).

Todo el capítulo es sencillamente un fantástico muestrario de prejuicios, inconcebible en el filósofo ilustrado y universalista. Por eso Menéndez y Pelayo, reparando en esta cuestión, dice en *Historia de las ideas estéticas*: “a no llevar su nombre y estar bien probada su autenticidad, costaría trabajo atribuírselas, ni por el estilo, que es mucho más ameno y fácil que el de sus obras posteriores... ni por las ideas”<sup>1</sup>.

Por cierto, la sección tercera, de la que paso a ocuparme, no produce menos asombro.

Kant (1764: 65) inicia esta sección, “La diferencia de lo sublime y de lo bello en la relación recíproca de ambos sexos”, diciendo que quien denominó *sexo bello* a la mujer no sabía, seguramente, cuánta verdad encerraba tal expresión. A tal punto que, antes que por su apariencia, la fineza de su figura, la suavidad de su rostro o la amabilidad de su trato, las mujeres poseen “rasgos particularmente singulares en el carácter emotivo” (op.cit: 66. El subrayado es mío) de su sexo, que las diferencian de los hombres, lo cual hace que la denominación de *bello* sea para su sexo, la más adecuada.

Inmediatamente agrega que, en el mismo sentido, sería apropiado calificar al sexo masculino como *noble*, sólo que esa misma nobleza impide aceptar “*nombres honoríficos*”. Kant está afirmando una vez más, la condición superior de *noble* sobre *bello*. En el inicio del capítulo, pues, está ya el planteo de la diferencia radical entre los sexos, que fundamentará a lo largo de él, de muchas maneras. Dirá, por ejemplo, que si bien ningún sexo está privado de lo sublime y de lo bello, lo sublime es una cualidad característica de lo masculino y en lo bello se resumen todos los atributos femeninos.

A tal punto éstas son propiedades específicas de los sexos, que la educación debe dirigirse a lograr el desarrollo moral de ambos teniendo en cuenta “la primorosa diferencia que la naturaleza ha tenido a bien establecer entre las especies humanas” (op.cit: 66). No se puede olvidar, sostiene, que “estos hombres no son de una misma condición” (op.cit: 66). “Estos hombres” -los varones y las mujeres- son para Kant, según vemos, “especies” humanas de diferente condición.

A partir de allí, Kant establece diversas comparaciones entre los sexos, con la intención de demostrar esa diferente “condición” entre las “especies humanas”. Diferencia que también se advierte en su apreciación de los sentimientos de lo bello y lo sublime, en favor de lo sublime. De lo contrario, y como ya dije, Kant no pensaría que denominar “noble” -cualidad sublime- a alguna cosa (el sexo, en este caso) sea “honorífico”.

Kant asegura que como las mujeres tienen “un sentimiento innato hacia todo lo que es bello, lindo y adornado”, le son ajenas las preocupaciones y los esfuerzos, particularmente los intelectuales, en primer lugar porque éstas son cualidades masculinas y en segundo lugar, porque, cultivándolas, quedarían privadas de los “encantos” naturales de su sexo.

Una mujer que tenga la cabeza llena de griego, como la Sra. Dacier, o que mantenga discusiones profundas sobre la mecánica, como la marquesa de Châtelet, únicamente puede en todo caso tener además barba; pues éste sería tal vez el semblante para expresar más ostensiblemente el pensamiento profundo, para el que se promocionan (op.cit: 68).

<sup>1</sup> Citado por Luis Jiménez Moreno (1990: 19) en la Introducción a *Observaciones...* El subrayado es mío.

Kant piensa que las mujeres no tienen ninguna necesidad de "llenarse la cabeza" con los conocimientos profundos de la ciencia o de la filosofía. Es suficiente para ellas una instrucción que se limite a las cuestiones anecdóticas y entretenidas de la historia y de la geografía y a las formas decorativas del arte, que le permitan mantener conversaciones decorosas, superficiales, agradables, en los salones. El conocimiento reflexivo, profundo y serio, les compete a los varones.

El autor de las *Críticas*, repite, llamativamente, a Rousseau, para quien

La investigación de las verdades abstractas y especulativas, de los principios, de los axiomas de las ciencias, todo lo que tiende a generalizar las ideas es ajeno a las mujeres: sus estudios deben referirse íntegramente a la práctica; a ellas corresponde la aplicación de los principios que el hombre ha encontrado...<sup>2</sup>.

En la misma línea argumentativa, Kant encuentra otras diferencias y sostiene que mientras a la mujer le viene bien la *vanidad*, porque realza sus encantos, al hombre le va muy mal; mientras llamar *loca* a una mujer carece de importancia porque en tal caso la palabra tiene un sentido débil, que no ofende, decirle *loco* a un hombre resulta el peor insulto; y así como la *limpieza* es una de las principales virtudes femeninas, en los hombres puede ser ridícula.

Con observaciones similares sobre el *pudor*, la *modestia*, la *apariencia*, las *actitudes en las relaciones sexuales*, Kant va cimentando la idea de que las diferencias entre los sexos son diferencias **naturales** y que, por lo tanto, la educación debe respetarlas y reafirmarlas para posibilitar su desarrollo y su perfección.

### III.

Quiero detenerme particularmente en sus consideraciones acerca de las virtudes, porque las distinciones que efectúa Kant en este punto son el fundamento más fuerte de su tesis acerca de la diferente "condición" de las "especies humanas".

Kant distingue, en la segunda sección de esta obra, las virtudes *auténticas* de las virtudes *adoptivas*. Las primeras se fundan en principios que no son sino "la conciencia de un sentimiento que vive en todo pecho humano y que es mucho más amplio que los fundamentos peculiares de la compasión y la amabilidad", lo cual resume "el sentimiento de la belleza y de la dignidad de la naturaleza humana". Las segundas, las virtudes adoptivas, son un "suplemento de la virtud", aunque "capaces de mover a unos hacia las acciones bellas, aun careciendo de principios..." (op.cit: 47), tal el caso de la compasión y la amabilidad.

Más adelante identifica las virtudes auténticas, la *verdadera virtud*, con las virtudes *nobles* y asocia a ellas las cualidades de profundidad, sutileza, capacidad abstractiva, analítica y crítica, el esfuerzo y la superación de las dificultades. A las virtudes adoptivas, mientras tanto, concebidas como "suplemento de la virtud", las identifica con las virtudes *bellas* y las asocia con cualidades como la ligereza, la superficialidad, la vanidad, la diversión, la sociabilidad, el pudor, la delicadeza, la limpieza.

Sin necesidad de esperar a que Kant lo diga, cosa que desde luego hace, se advierte con toda claridad que las virtudes verdaderas son propias de los varones, y las virtudes bellas, -"suplemento de la virtud"- más propias de las mujeres. En efecto, Kant afirma que

<sup>2</sup> Rousseau, J.J.: *Emilio*, L.V.

las virtudes femeninas **son** virtudes bellas y que las de los varones **deben** ser virtudes nobles, porque la naturaleza ha dotado a éstos de la capacidad abstractiva que les posibilita conocer y reconocer principios y obrar conforme con ello, capacidad de la que carecen las mujeres. Inhabilitadas para la reflexión profunda y el esfuerzo que esa reflexión demanda, las mujeres obran motivadas más por la amabilidad y la compasión que por los principios universales.

Las mujeres están para pensar lo pequeño, lo inmediato; impulsadas por el sentimiento y la emoción antes que por el examen crítico de la razón. “Me cuesta mucho creer que las mujeres sean aptas para los principios” (op.cit: 71), expresa.

De este modo, la enseñanza moral para las mujeres no podrá ser la misma que para los varones. Según Kant, las mujeres hacen sólo lo que les agrada; los esfuerzos, las obligaciones, “les resultan insoportables”. No queda otro camino, pues, que enseñarles el bien asociado con la belleza. La educación moral de las mujeres se convierte así en un arte que “consiste en hacer que a ellas sólo les guste lo que es bueno”. A las mujeres “nada de deberes, nada de obligatoriedad...les resultan insoportables todos los mandatos, todas las presiones hoscas” (op.cit: 71).

Es imposible no advertir el sinnúmero de consecuencias negativas para las mujeres, fundamentalmente en lo social y político, que estas apreciaciones producen. El discurso kantiano -en esto- pasa a nutrir los complejos mecanismos sociales, históricos, de subordinación y exclusión de las mujeres.

#### IV.

Quando leemos a Kant “con ojos más críticos que los de su propio sistema crítico”, como dice Luisa Posada Kubissa (1993: 14), no podemos sino concluir en la profunda contradicción de estas afirmaciones con las tesis universalistas formuladas por el filósofo y sistemáticamente defendidas en sus obras.

Si la mujer es capaz de acciones morales buenas sólo en la medida que éstas se identifican con lo bello; si la característica de su sexo es la emotividad y por lo tanto, se comporta de acuerdo a estados anímicos efímeros y cambiantes; si sus intereses son pequeños y limitados; si no posee la facultad abstractiva que hace posible elevarse al conocimiento de los principios; si le son ajenos los desvelos del deber y no tiene disposición para el esfuerzo; si carece de autonomía: ¿podría esperarse que se constituya en sujeto moral y obre conforme al imperativo categórico?

Claramente, el pensamiento kantiano en este punto resulta útil a las corrientes contemporáneas que sostienen que el desarrollo de la conciencia moral es diferente en varones y mujeres; sirve para abonar la tesis de que la diferencia sexual determina no sólo un desarrollo moral diferente, sino éticas diferentes.

Recordemos la tesis de Carroll Gilligan que tanto éxito tuvo en los '80, según la cual, mientras los varones desarrollan una conciencia moral basada en principios (constitutiva de una “ética de la justicia”), las mujeres desarrollan una conciencia moral que atiende a las circunstancias y a los sujetos implicados en ellas, dando lugar así, a una “ética del cuidado”. Con lo que se reafirma esa tradicional manera de concebir a lo masculino como ligado a la idea de la racionalidad abstracta, y a lo femenino, restringido a la esfera de los sentimientos y el mundo concreto.

No son pocas las voces que se levantan objetando esta distinción, porque se entiende que plantear la diferencia de los sexos en estos términos, ha conducido -y conduce- a un trato social desigual, normalmente en perjuicio de las mujeres. La propia Gilligan (1985) afirma “es difícil decir diferente sin decir al mismo tiempo ‘mejor’ y ‘peor’”, y en lo socio-político-

cultural y ético, es "mejor" ser racional y crítico, autónomo y esforzado que sentimental y detallista, dependiente e incapaz de esfuerzo.

Pero, aún más. Nadie desconoce el papel que Kant otorga a los principios universales - fundamentalmente los éticos- en la conformación de una sociedad humana que supere el estado de conflicto y de disociación natural. Las virtudes necesarias para la construcción y la vigencia de un estado de derecho universal son las virtudes *verdaderas*, esto es, las virtudes *nobles*. Si esas virtudes son propias de los varones, la conclusión no se hace esperar: los sujetos morales, los sujetos políticos y por lo tanto los sujetos históricos, son los varones. El pensamiento, la reflexión y la acción autónoma -moral, política, histórica- patrimonio de una "especie humana": la del varón, quien puede, así, constituirse en ciudadano -ser libre, sujeto de derechos y también de obligaciones- y no meramente un súbdito.

Imposible pensar que las mujeres, no siendo de la "misma condición" que el varón, puedan alcanzar esa categoría de sujeto -moral y político- esencial para conquistar el estado de razón, que funda la sociabilidad humana y constituirse, ellas también, en ciudadanas. La Naturaleza no las ha dotado de las condiciones y requisitos indispensables para que así suceda.

Con el agravante de que -según Kant- la educación no sólo no debe olvidar las diferencias que la naturaleza puso entre los sexos, sino que debe contribuir a desarrollar y perfeccionar esas cualidades "propias", con lo cual esas diferencias se consolidan irremediabilmente. ¡Para qué "llenarles la cabeza" con conocimientos profundos que las asemejarían a los hombres y les harían perder los "encantos propios de su sexo"! Desde esa misma idea es que Kant está negando a las mujeres la ilustración, que él mismo considera una condición sine qua non para la libertad, la autonomía personal, y el progreso moral de la humanidad.

Esto está lejos de ser anecdótico. Como un ilustrado, Kant (1774: 33) sabe bien las consecuencias de la ilustración, que él mismo define como el "tránsito de la rudeza de una pura criatura animal a la humanidad...", el "abandono del instinto por la razón", el paso de "la tutela de la Naturaleza al estado de libertad".

El extraordinario alegato en favor de la autonomía de la razón en todos los seres humanos, y de los beneficios que de ella se derivan (el progreso moral de la humanidad y la felicidad) que Kant (1978) realiza en "¿Qué es la ilustración?", se ve contradicho en el texto que analizamos, al circunscribir esa posibilidad a los varones y excluir de ella a las mujeres.

Cuando Kant habla de la "estimación racional del propio valer de cada hombre y de su vocación a pensar por sí mismo", a la luz de lo dicho, no está pensando en la humanidad, está pensando en esa "especie humana" que posee todas las cualidades para constituirse en sujetos autónomos: la especie de los varones.

Las mujeres, carentes de esas cualidades por naturaleza, no pueden ser sujetos de deber, sujetos autónomos, y por lo tanto, tampoco sujetos de derecho, lo cual explica su *sujeción* al varón.

"La pereza y la cobardía son causa de que una tan grande parte de los hombres continúe a gusto en estado de pupilo", dice Kant al comienzo de "¿Qué es la ilustración?" "Pereza" y "cobardía" son rasgos de la naturaleza femenina en la caracterización kantiana de los sexos. Por eso resulta muy significativo que Kant (op.cit: 26) sostenga allí:

Los tutores... cuidan muy bien que la gran mayoría de los hombres (y no digamos que todo el sexo bello) considere el paso de la emancipación, además de muy difícil, en extremo peligroso. Después de entontecer sus animales domésticos y procurar cuidadosamente que no se salgan del camino trillado donde los metieron, les muestran los peligros que les amenazarían caso de aventurarse a salir de él.

No otra cosa sucedió con las mujeres en la sociedad patriarcal. Pensadas como incapaces de valerse por sí mismas, cada vez que se aventuraron a contradecir el modelo (estereotipado) de feminidad, recibieron castigos sociales, desde la marginación hasta la hoguera.

Salir de esa incapacidad, “convertida casi en segunda naturaleza”, usar de la propia razón, valerse por sí mismo, exige mucho esfuerzo y una enorme voluntad, atributos de los varones. En el caso de las mujeres, según Kant, no se trata de una “segunda” naturaleza, es en su propia naturaleza donde reside la incapacidad para el esfuerzo que exige usar de la propia razón para vivir sin tutela.

Kant (op.cit: 28) sostiene “Para esta ilustración no se requiere más que una cosa, libertad; y la más inocente de entre todas las que llevan ese nombre, a saber: libertad de hacer uso público de su razón íntegramente”. Otra vez, ¿quiénes tienen las condiciones para tener esta libertad? No serán las mujeres, a quienes no sólo la Naturaleza les ha negado esa posibilidad desde el momento mismo que no las ha dotado -en opinión de Kant- de las capacidades que permiten a alguien ser libre, también la sociedad, que refuerza mediante la educación esa “incapacidad”.

La exclusión de las mujeres de la ilustración no es inocente.

## V.

La lectura de esta obra produce asombro y desconcierto. ¿Cómo reconocer al Kant ilustrado y universalista en este texto? ¿Cómo se interpreta esta negación del saber, de la ilustración, para las mujeres? ¿Cómo se explica, desde la afirmación de una común condición humana –tesis sostenida en sus demás obras- esta antropología dualista esencialista (las dos “especies humanas... no son de la misma condición”) que termina colocando a las mujeres en situación desventajosa, de inferioridad, respecto de los varones? ¿Cómo se compatibiliza la tesis kantiana de la necesidad de la libertad para la completa realización de la naturaleza humana, destino final de la humanidad, con la negación a las mujeres de las condiciones que la hacen posible? ¿Cómo comprender que mientras afirma por un lado que la conformación de una sociedad civil -que responde a un imperativo de la razón- es la mayor empresa humana, vale decir, de sus dos “especies”, por otro lado excluya a las mujeres de esta empresa porque las concibe desprovistas de los principios que conforman la ciudadanía, esto es, libertad (concebida como autodeterminación racional), igualdad e independencia?

Me parece que sólo puede explicarse desde la transversalidad histórica de la concepción patriarcal que, como lo han demostrado los estudios contemporáneos, excede ampliamente las circunstancias espacio-temporales y ha calado tan hondamente en la conciencia de las sociedades, que hasta un filósofo crítico, ilustrado, como Kant, no escapó de ella.

En el artículo al que hice referencia, Luisa Posada Kubissa observa atinadamente que estas opiniones de Kant no han sido objeto de atención y consideración por los estudiosos de su obra, como si la cuestión fuera tan menor que no valiera la pena ocuparse de ella. Como si estas apreciaciones que el filósofo vierte fueran simplemente anecdóticas y, de alguna manera, tan secundarias y nada significativas en lo central de su pensamiento, que tomarse interés por ellas sería una pérdida de tiempo.

En el caso que nos ocupa, lo que Kant sostiene en el texto analizado (reforzado en *La Antropología desde el punto de vista pragmático*) no puede ser interpretado como un mero “accidente” en el pensamiento ilustrado del filósofo, ni se puede usar el argumento historicista de “eran concepciones corrientes en su tiempo”. Aquí hay mucho más que unos

simples comentarios en el nivel de lo opinable, resultado de “meras observaciones empíricas” -según lo presenta Kant- y no de análisis filosóficos. Este texto no puede ser leído desligado de la obra total del filósofo.

Un ejercicio eficaz para detectar qué tanto la opinión entendida como “circunstancial” de un filósofo afecta o no a lo nodal de su pensamiento, es contrastarla con sus tesis centrales. Para este caso, admitiendo que este asunto debe ser desarrollado con más profundidad y detalle, sólo quiero señalar algunos puntos relevantes.

Kant sostiene en sus obras fundamentales, como dije en el inicio de este trabajo, la común condición racional de la humanidad; un común destino: el progreso moral y, con él, la felicidad; una común exigencia: salir del estado de naturaleza y desarrollar todas las capacidades de la razón; un camino común: la libertad. Sin embargo, el análisis de *Observaciones*, permite advertir las inconsecuencias en el pensamiento del filósofo:

1. Para Kant, obrar moralmente es obrar por principios. La única “especie humana” dotada por la naturaleza para conocer los principios y obrar consecuentemente, es la de los varones. A las mujeres la naturaleza no las ha provisto de tal capacidad.
2. Las virtudes verdaderas, las virtudes nobles, son sublimes. El sentimiento de lo sublime es “propio” de los varones, en consecuencia, son capaces de virtudes verdaderas. Por el contrario, el sentimiento “propio” de las mujeres es sobre lo bello, de lo que resulta que no son capaces de virtudes verdaderas, sino sólo de virtudes suplementarias.
3. En la perfección moral reside la felicidad. De las consideraciones precedentes se puede inferir que hay un grado diferente de perfección moral si se trata de la perfección de las virtudes verdaderas que si se trata de la perfección del “suplemento de la virtud”, lo que, a su vez, determinaría grados diferentes de felicidad. Por lo tanto, es dable concluir que varones y mujeres, no siendo capaces del mismo tipo de virtud, no gozarán del mismo grado de felicidad posible.
4. Conocer requiere de capacidad abstractiva y crítica, requisito que sólo lo cumple la “especie humana” de los varones. Las mujeres, según Kant, están capacitadas para pensar lo concreto. Por lo tanto, la ciencia es de y para los varones. Quedan para las mujeres los relatos y las anécdotas, los conocimientos elementales y superficiales.
5. La razón es el fundamento de la libertad. Las cualidades de la razón son propias de los varones; la posibilidad de valerse por sí mismo, de pasar de “la tutela de la Naturaleza al estado de libertad”, en definitiva de ser libre, es de los varones. Las mujeres, carentes de las cualidades que posibilitan ese paso, quedan más cerca del estado de naturaleza que del estado de razón. Carentes de autonomía, y por lo tanto de libertad, su sujeción al varón es una consecuencia debida.
6. La autonomía es la condición sine qua non para que un individuo se constituya en sujeto moral. Si únicamente los varones son capaces de ser autónomos, sólo los varones pueden ser sujetos morales.
7. El camino que conduce al destino final de la humanidad es la libertad; el desarrollo de la sociedad requiere de la capacidad reflexiva, de la acción creadora, de la autonomía, todas virtudes de los varones. Son ellos, por lo tanto, los únicos miembros de la especie humana capaces de constituirse en sujetos políticos y, por eso mismo, ser los protagonistas de la historia.

La universalidad kantiana es, pues, una universalidad “sustitutoria”<sup>3</sup>, pues esas definiciones universalizadoras producidas por el pensamiento ilustrado sobre todo aquello que se concibe como perteneciente al género humano, en este caso se corresponden con los atributos y cualidades que el filósofo reconoce sólo en los varones.

Pero en esto Kant no está solo. Si son muchas las contradicciones del pensamiento ilustrado —que postula la universalidad (de la razón, de la ética, de la condición humana, de la ciudadanía)- con las prácticas políticas y sociales (las instituciones, las leyes, las costumbres) que se realizaron y realizan en su nombre, se hacen fuertemente evidentes cuando se trata de las mujeres, excluidas de hecho de los derechos universalmente reconocidos.

De modo que mal puede pensarse que las “observaciones” de Kant son simplemente “prejuicios de la época”.

Por eso también, genera un profundo interrogante que, después de las muy serias y profusas investigaciones llevadas a cabo en estos últimos treinta años, que demostraron el sesgo sexista de la filosofía, tantos estudiosos sigan dejando de lado -en el análisis de las obras de los filósofos- como no significativo para el conjunto de su pensamiento, sus opiniones descalificadoras para las mujeres.

A propósito de esta cuestión, Diana Maffia (1991: 351) se pregunta “¿Cómo reaccionan los filósofos académicos ante esto?” y responde con una cita muy esclarecedora de Jean Grimshaw:

(con)...cierta suerte de complacencia liberal (unida quizás a una pequeña incomodidad). Por supuesto, se supone, nadie sostiene puntos de vista como éstos sobre las mujeres ahora (menos que nadie filósofos inteligentes librepensadores) de modo que no merecen ser discutidos. Pero eso sólo es sostenible si se hacen dos supuestos. El primero es que el tipo de actitudes hacia la mujer sostenidas por los filósofos en el pasado ha muerto o desaparecido, y habría buenas razones para cuestionar eso. El segundo es que tales actitudes son una mera cuestión de “prejuicio”, supuestamente pertenecientes a edades pasadas, así que podemos en efecto, simplemente suprimir todos los pasajes donde los filósofos han dicho cosas embarazosas de las mujeres, ignorarlas como infortunadas reliquias del pasado y seguir con nuestras ocupaciones filosóficas como de costumbre. Pero eso supone que es siempre posible aislar lo que un filósofo dice (o implica) sobre la mujer del resto de su filosofía, recortarlo y dejar el resto intacto. Y es esto en particular lo que necesita ser cuestionado.

## Bibliografía

- AMORÓS, Celia (1999): *Tiempo de feminismo*, Cátedra.  
 GILLIGAN, Carol (1985): *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*, México, F.C.E.  
 KANT, I. (1963): *Introducción a la Crítica de la Razón Práctica*, Ed. V. Suárez.  
 (1978): *Filosofía de la Historia*, México, F.C.E.  
 (1990): *Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y lo sublime*, Alianza Editorial.  
 MAFFÍA, Diana (1991): “Sobre la filosofía sexista, la epistemología feminista y otras vicisitudes de la razón” en *Temas actuales de Filosofía*, Salta, UNSa.  
 POSADA KUBISSA, Luisa (1993): “Kant ¿un pensador para la diferencia?”, en *Hiparquia*, Buenos Aires, Vol. VI, 1.

<sup>3</sup> El término es de Celia Amorós (1999) *Tiempo de feminismo*, Cátedra. Madrid.